



Prólogo

Sobre el género fosco

En realidad el género fosco no es algo nuevo, ya existe desde hace bastante tiempo, aunque nadie se haya atrevido a darle un nombre. Surgió cuando se quisieron agrupar todas aquellas obras de temática siniestra que ya no podían encuadrarse dentro del terror a pesar de mantener con él varias similitudes.

De este modo se decidió crear un término nuevo que diese cabida tanto al terror como a sus múltiples variantes: horror gótico, humor sórdido, ci-fi oscura, intriga sobrenatural y cualquier temática que ahondase de alguna forma en la atmósfera oscura. De ahí que empleemos el término fosco para definirlos.

La antología que nos ocupa es el primer intento de mostrar lo mucho que ha evolucionado este género, y lo lejos que está de desaparecer.

Para comprender un poco de dónde ha surgido y justificar sus múltiples y tan dispares variantes debemos partir de su origen.

Al principio fue el terror. La necesidad imperiosa de inducir miedo en el lector. Pero... ¿cómo?

Una pregunta cuya respuesta, cómo no, implica otra pregunta: ¿Cuál es la esencia del miedo?

Esencias hay muchas, pero, si lo que pretendemos es sintetizar, se podría afirmar que el miedo es un mecanismo de defensa ante una amenaza real o potencial.

Así pues, las primeras historias o cuentos de terror se centraron





en peligros reales: el miedo a la muerte -y por tanto a todo lo relacionado con los muertos-, el miedo al dolor, la locura y la pérdida. Sin embargo muy pronto se descubrió que el peligro potencial daba muchísimo más juego, pues estaba íntimamente ligado a lo desconocido.

A partir de ese momento, el escritor pudo dar rienda suelta a la imaginación, pudo crear monstruos con los que asustar al lector, pues comprendió que el hecho de que nadie pudiese corroborar su existencia no implicaba ausencia de temor. Por supuesto hubo, hay y habrá fracasos en tan complejo objetivo, pero hoy en día ya se conoce cuál es el secreto para aterrorizar con la fantasía. Todo radica en la coherencia.

Parece sencillo, pero a la hora de exponerlo es francamente difícil.

¿Qué se consigue con eso? ¿Para qué sirve? ¿En qué se basa?

Digamos que el escritor puede mentir, puede inventar, pero debe ser coherente con su propia mentira. El lector le da un voto de confianza aceptando el elemento fantástico, siempre y cuando no se produzcan contradicciones. Pero como se trata de un elemento ajeno a la realidad cotidiana necesita ser introducido poco a poco, hasta alcanzar el clímax propicio para que el lector se introduzca de lleno en la narración.

El escritor de terror solventó dicho problema haciendo uso de la atmósfera, el elemento más importante en los cuentos de este género: cementerios (muerte), iglesias derruidas y malditas (condenación), instituciones mentales (locura), ambientes siniestros y oscuros, noches lóbregas que pueden ocultar cualquier cosa (desconocido), salas de tortura (dolor), y un largo etcétera.

Lo que sucedió a continuación fue inevitable. Ya que la atmósfera era tan importante y el miedo es algo tan básico, el ambiente





terrorífico mantuvo ciertas características inalteradas, al margen de la historia y del entorno en el que transcurriese la narración. Se convirtió en algo que podía identificarse, algo casi palpable para todo escritor. Y como todos sabemos que la originalidad se basa en la fusión de conceptos ya existentes era cuestión de tiempo que algún día a alguien se le ocurriese la feliz idea de usar dicha atmósfera para otros fines.

Ése fue el nacimiento del género fosco. En **Un ojo de vidrio** Castelao aprovechó los cementerios, y a los muertos, para hacer una crítica social de su época; Emilio Carrere usó elementos del género en **La torre de los siete jorobados** para introducirnos en el humor de principios de siglo; Roald Dahl echó mano de monstruos imaginarios en **Las brujas** para presentarnos un excelente cuento infantil.

Aquí y allá surgieron libros que no podían considerarse dentro del género de terror, pero que estaban claramente influenciados por él, en mucha mayor medida que el resto de los géneros conocidos.

Fue por este motivo por el que se decidió editar esta antología.

El lector descubrirá en estas páginas relatos muy variados que, sin embargo, comparten un punto común. Beben de la misma fuente, lo que se demuestra en la inusual coherencia del conjunto.

Así, en **El cuervo del sepulturero** se da una muestra de la más clásica ambientación gótica, la variante fosca más antigua y germen de todas las demás, caracterizada sobre todo por el espíritu romántico desprestigiado hacia, como no, lo siniestro.

En **Experimento fallido** nos sumergimos de lleno en la ci-fi oscura, una de las variantes más interesantes al fusionar dos géneros claramente diferenciados como son el terror y la ciencia ficción.

Palmeros de sangre representa el espíritu de nuestros hermanos latinoamericanos cuya aportación al género fantástico en general y



al fosco en particular es sinceramente envidiable, en muchos casos difícil de superar. Este relato es un guiño a su buen hacer literario.

Madre representa una de las variantes más duras de este género. No hablamos del *gore*, sino del terror amoral, mucho menos sangriento pero más inquietante.

En **Casa de Carón** damos protagonismo al horror mitológico al más puro estilo de Lovecraft, otro clásico, no tan antiguo como el gótico pero un digno sucesor.

En **Polvo al polvo** nos centramos en una variante inusual pero no por ello menos importante: el humor sórdido. No muy conocida pero en alza actualmente. El tiempo dirá.

La mecánica del alma explora el misterio sobrenatural de principios del siglo pasado, más centrado en el mundo de los muertos que en el de los vivos.

El ladrón de margaritas exprime el lado más oscuro del género policiaco manteniendo en todo momento la coherencia argumental propia de los relatos de detectives.

Para terminar, **Una nueva esperanza** nos sumerge en otro tipo de horror, el cotidiano, aderezando la experiencia con guiños cómplices a nuestro imaginario popular, realzando la impresión de que lo macabro está a la vuelta de la esquina.

No hace falta afirmar que la selección aquí presentada es tan sólo una pequeña muestra de la realidad actual. Un pequeño aperitivo para aquellos que ven en el género fosco una tendencia literaria del todo respetable, más viva de lo que algunos desearían y, cómo no, una buena forma de pasar el rato.

Esperamos que la disfrutéis.

Casa de Carón



por Miguel Puente



Casa de Carón

para Marta, con cariño

*La muerte es una vida vivida.
La vida es una muerte que viene.*

Jorge Luis Borges

Si uno llega a una ciudad extraña a una hora tardía no puede exigir más de lo que puedan ofrecerle, pensó Tomás ante la puerta de aquel hostel descuidado, sucio y de dudosa moralidad. El aspecto era el de un prostíbulo, y seguramente lo fuese, pero siempre sería mejor que dormir en la calle.

Un grupo de pandilleros de aspecto peligroso y estética underground que avanzaba en su dirección golpeando contenedores, riendo y zarandeándose unos a otros, terminó por decidirle.

El cabecilla tenía aspecto enfermizo, consumido por el caballo, no sería muy difícil romperle el cráneo contra el coche sobre el que se apoyaba; su mejor amigo, y muy probablemente el segundo en aquella estúpida manada de impresentables, medía casi dos metros y se notaban sus horas de gimnasio. Un golpe seco en el cuello le desconcertaría el tiempo suficiente. Tomás calculó que necesitaría al menos tres movimientos: uno para partirle la nuez y dos para hundirle el tabique nasal en el cerebro. Más o menos unos cuatro segundos para deshacerse de los dos. Eso no le dejaba mucho margen para encararse con el tercero. Probablemente sacaría la navaja que ocultaba en su bolsillo derecho e intentaría apuñalarle.



Dependía de su celeridad y puntería, aunque no sería la primera vez que recibiese una puñalada. Sea como fuere le partiría el brazo con facilidad y le clavaría su propia navaja en la nuca. El cuarto no tenía madera, se veía en sus ojos que era un cobarde. Saldría corriendo aterrorizado cuando se deshiciese del grandullón.

Si esperaba a que se situasen a su altura todo cuanto había imaginado sería inevitable. Por eso decidió hacer noche en aquel hostal. Después de todo no debía llamar la atención, por lo menos no antes de terminar el trabajo.

El interior le sorprendió. Era un prostíbulo, desde luego, pero la arquitectura no encajaba con su función. El edificio era antiguo, y lo atestiguaban los grabados erosionados de las paredes, semiocultos por la escasa luminosidad y las cortinas rojas, cubiertas de manchas imposibles de clasificar y quemaduras de cigarrillos; lo atestiguaban las columnas a ambos lados de la entrada y la altura a la que estaba el techo. Pequeños detalles que no pasaban desapercibidos mostraban la decadencia de aquella casa. La nostalgia de los recuerdos encerrados entre sus cuatro paredes, dónde todo tiempo pasado fue mejor.

Parece un viejo teatro, pensó, o una sala de juegos muy antigua. Tal vez del siglo XVIII, quizás posterior.

-Fue la casa de Aleister Cromwell, señor -dijo el recepcionista, respondiendo a sus pensamientos-, o eso dicen.

-No me suena -dijo Tomás aproximándose al mostrador-, pero debía ser muy rico.

-Lo era, o por lo menos lo fue durante gran parte de su vida. ¿Desea una habitación? ¿Compañía, tal vez?

-Una habitación.





-¿Y cuánto tiempo piensa quedarse? -preguntó el recepcionista con una inquietante sonrisa. Era un hombre enclenque, de dientes amarillos y pelo escaso. Uno de sus ojos, el derecho, casi no tenía pupila, una densa catarata cubría la córnea dándole un aspecto lechoso.

Es como mirar a un muerto, pensó Tomás, un ojo que no ve no expresa nada, no aporta nada al observador. Parece muerto.

-Una noche -respondió.

-Un viajero de paso, ¿no? Ha llegado hace poco a la ciudad y no tiene tiempo de buscar un hostel, digamos... mejor situado.

-Algo parecido.

-Bueno, pues ha tenido suerte. Creo que todavía nos queda alguna habitación -dijo girándose hacia el mueble de las llaves.

Un gruñido seco emergió de su garganta al comprobar que sólo quedaba una y su cuerpo permaneció estático, con el brazo ligeramente extendido, a medio camino.

El recepcionista duda, pensó, ¿por qué duda? ¿Acaso la tiene reservada? ¿Tal vez la habitación no esté en condiciones?

Al fin tomó la llave entre sus manos y, con un chasquido de sus labios, volvió a girarse.

-Tendrá que pagar por adelantado -respondió con sequedad-, y le advierto que es una suite, así que le costará el doble.

-Vaya, no era mi intención despedirme sin pagar, pero supongo que se lo dirá a todos.

-A todos, sí -carraspeó con la mirada baja y una mano en la boca-. Hoy en día es difícil fiarse de la gente.

La suite, si se le podía llamar de aquella manera, constaba de un





salón amplio, dos dormitorios, un baño, y una cocina pequeña. Todo ello parcamente amueblado, salvo el salón, que gozaba de una estantería empotrada en la pared, repleta de libros viejos y enmohecidos. Desde luego, no parecía una suite.

Sobre la puerta de la entrada, tallada en madera, rezaba la siguiente inscripción:

Casa de Carón

-Curioso nombre para una suite, ¿no cree? -dijo Tomás.

-Excentricidades del dueño -respondió el recepcionista, que hacía a su vez de conserje y botones-. Véalo como una suite temática, en este caso decorada para eruditos y estudiosos. Si no puede dormir al menos tendrá una gran remesa de libros para leer.

»Creo que le gustará, por su aspecto diría que es un hombre ilustrado, ¿me equivoco?

-No -respondió con frialdad-, no se equivoca: soy historiador -después de todo era una mentira a medias-. Sin embargo dicha decoración la veo más bien como un exceso de vagancia por parte del dueño, que ni siquiera se dignó a vaciar las pertenencias de su anterior ocupante.

-¡Véalo cómo le de la gana! -exclamó el recepcionista dirigiéndose hacia la puerta a grandes trancos-. ¡Mañana a las diez desaloje la habitación!

-¿Tan temprano? -preguntó indignado, pero el portazo acalló su queja.

Tomás dejó su maleta en el dormitorio y zanganeó por el salón. La cantidad de libros era considerable, abrumadora, pero por más que lo buscó no encontró un televisor por ningún lado, ni un perió-





dico, ni siquiera propaganda del hostel. Era como si se hubiese instalado en el piso de un amigo de avanzada edad, o en una casa abandonada.

Abrió la ventana y observó la puesta de sol. Durante un tiempo se alejó de sus problemas, se olvidó de todas sus preocupaciones y se perdió ante la visión del ocaso. Que hermoso sería vivir sin tener que rendir cuentas a nadie, pensó, sólo vivir tomando lo bueno y dejando lo malo. Sería como soñar despierto.

Un golpe en la pared le arrancó de sus pensamientos. Fue un golpe seco, potente, que hizo vibrar el cuadro que había colgado.

Ése ya no se despierta, pensó. Lo peor de un barrio como aquél era fundamentalmente la posibilidad de que te tocara un vecino pesado. Una pareja que discute todas las noches, un alcohólico que descarga su frustración sobre las paredes, o una prostituta que lleva sus clientes a casa y hace crujir la cama durante horas y horas.

El golpe se repitió. Esta vez más fuerte, arrogante, hasta el punto de que el cuadro se torció amenazando descolgarse.

-¡Eh! -exclamó-. ¡Que vas a tirar la pared!

Hubo un momento de silencio bastante incómodo. Seguro que le había escuchado. Quién sabe, igual salía de su habitación y empezaba a aporrearle la puerta. Un vecino con ganas de pelea. Puede que tuviese que llamar a recepción, pero no había visto el teléfono por ninguna parte.

-¡No puedo salir! -gritó alguien al otro lado. Una voz apagada, lejana, suplicante.

Tomás no dijo nada. Había sonado extraña. Tal vez su vecino sí tuviese televisor y estuviesen emitiendo una película.

-¡Eh! ¿Me escuchas? -preguntó la voz-. ¡No puedo salir!

Sin duda era la televisión. El eco, el tono, no cabía la menor





duda. Esa voz poseía la distorsión típica de los altavoces de un televisor.

Tomás se acercó a la pared y pegó la oreja. Nada. El silencio más absoluto. Luego un quejido, un susurro.

-Dios mío. ¡Oh, Dios mío!

Otro golpe le apartó de un salto. A éste le siguieron otros, histéricos, furiosos, una absurda lucha contra la pared. Estaba claro que su vecino no quería usar la puerta.

-¡Para de una vez! -gritó Tomás-. ¡O llamo a la policía!

Los golpes cesaron, y comenzaron los arañazos. Por el sonido diría que su vecino se estaba dejando las uñas en la pared.

-¡Ya viene! -gritaba-. ¡Dios mío! ¡No puedo salir!

Ya está bien, pensó, voy a bajar a recepción y pedir que llamen a la policía. Esto no es normal.

Tomás se dirigió con determinación hacia la puerta, pero no la encontró. No estaba allí donde debería estar. Imposible, la suite no era tan grande, la puerta debería estar en algún lado. Tal vez al final del pasillo. Tomás cruzó el corredor a grandes zancadas, pero se detuvo a mitad del camino, paralizado, totalmente perplejo.

¿Acababa de ver a alguien al final del pasillo? ¿O fue su propia sombra reflejada? Tomás sintió que el corazón iba a salirle del pecho. En la maleta tenía una pistola. Eso es, cogería su pistola y luego buscaría la salida.

Dio marcha atrás abrió la puerta del dormitorio y se encontró con... ¿el baño? ¿Qué demonios hacía el baño allí? Bueno, daba igual. Se refrescaría un poco, aclararía las ideas y luego iría a por la pistola.

Cerró la puerta, corrió el pestillo y se colocó frente al lavabo. Su propio reflejo pálido y asustadizo le dio risa.





Soy un estúpido, pensó. Bastan unos golpes y una sombra en un lugar desconocido para ponerme la piel de gallina.

Se lavó la cara varias veces y se refrescó la nuca. Después se secó con la toalla, levantó la tapa del váter y descargó la vejiga con un suspiro de satisfacción.

De nuevo se lavó las manos y entonces se fijó en la esquina derecha del espejo. Alguien había grabado unas palabras con un objeto punzante:

Lapi ro hunt

Menudo galimatías, pensó. Lo curioso es que le sonaba de algo. Era una frase famosa, seguro, algo que habría estudiado durante su época universitaria. *Lapi ro hunt, lapi ro hunt*. Pues sí que le sonaba, pero no recordaba su significado. Tal vez fuese latín, tal vez en la librería hubiese un diccionario.

Tomás salió del cuarto de baño dándose de bruces con otra persona, que cayó de espaldas por la impresión. Ambos gritaron aterrados.

-¡No te acerques a mí! -amenazó el intruso blandiendo un cuchillo de cocina con pulso tembloroso-. No me toques.

El extraño parecía más asustado que él. Tenía el pelo alborotado y sucio, barba de varios meses y la ropa ensangrentada y hecha jirones. Su mirada brillaba enloquecida, sus labios salivaban descontrolados, su cuerpo escuálido se arrastraba por el suelo alejándose de Tomás.

-¿Pero qué...? -comenzó a decir, aunque el extraño ya había desaparecido tras la esquina del corredor.

-¡Eh! -gritó, corriendo tras él-. ¡Espera!





Al dar la vuelta se detuvo en seco. El pasillo no tenía salida, y tampoco había puertas. ¿Dónde se había metido? No pudo desaparecer así como así, no parecía un fantasma, sólo una persona muy asustada.

Al retroceder sobre sus pasos se dio cuenta de que el pasillo había cambiado. La esquina doblaba a la derecha en vez de a la izquierda. El corazón se aceleró de nuevo. Sabía que no era posible pero ahí estaba, delante de sus ojos. ¿Paredes móviles, tal vez?

-¡No tiene gracia! -gritó al techo-. ¡Pienso exigir la devolución del dinero!

Seguro que le estaban tomando el pelo. Era lo único que se le ocurría. Sin embargo comprobó que no había grietas, ni espacios vacíos que permitiesen su deslizamiento. Las paredes eran lisas, sin recovecos, sin nada que demostrase la existencia de una maquinaria detrás que las moviese. Al golpearlas el sonido producido era breve, seco, propio de un muro de gran espesor, por lo menos veinte centímetros de piedra.

Todavía examinaba la perfección de su superficie cuando fue testigo del cambio. La pared por donde había desaparecido el extraño se abrió por el medio, igual que una puerta corredera, dejando ver un largo pasillo al otro lado.

Tomás corrió hacia la abertura buscando algún resorte, el espacio vacío que debería haber en las esquinas para permitir aquel deslizamiento silencioso, un sonido que delatase un origen mecánico, algo, cualquier cosa.

Lo único que vio fue una pared desapareciendo, piedra fundiéndose en la piedra. No era un monstruo primigenio, ni un asesino en serie, sólo una pared moviéndose, pero su visión fue igual de aterrador. Estaba perdido, completamente perdido, y no tenía ni idea de cómo salir de allí.





-Psss -llamó una voz. Una de las puertas del corredor estaba entornada y tras ella una figura de ojos saltones le observaba. Era una figura siniestra, de mirada ansiosa. También delgada, enclenque, que vestía un traje que le quedaba grande, negro y gastado, pasado de moda. Alguien que uno evitaría si se lo encontrase por la calle-. No te quedes ahí o te verá -susurró-, entra.

¿Cuántas personas habrá en esta casa?, se preguntó Tomás mientras aceptaba el ofrecimiento y entraba en la habitación. Después de todo era una persona que podría explicarle qué demonios sucedía.

Una vez dentro se dio cuenta de que estaba en el dormitorio. Su maleta seguía allí, sobre la cama, justo debajo de la ventana...

-¡La ventana! -exclamó Tomás, corriendo hacia ella-. ¡Saldremos por la ventana!

-¡No la abras! -gritó el hombre, pero ya era demasiado tarde. Tomás asomaba la cabeza por ella, enmudecido.

Más allá del cristal todo era oscuridad, un abismo negro e impenetrable. No se veía la calle ni el edificio de enfrente. Ni siquiera podía distinguirse el suelo. Pero lo más inquietante de todo era el terrible silencio que pesaba sobre ellos. Un silencio de muerte, frío y eterno. El silencio de aquél que ha llegado a los confines del universo. El mutismo apagado de la nada.

Tomás cerró la ventana, pálido, con el estómago revuelto, incapaz de asimilar aquel abismo infinito, negando lo que no había visto ni escuchado porque era demasiado grande para que la luz o las ondas sonoras diesen la vuelta.

-Ya lo he intentado -dijo el hombre-, pero es muy arriesgado. Un paso en falso y nos caeríamos a... no sé, a eso. Probablemente nos moriríamos cayendo. Además, no está del todo vacío. Hay criaturas aladas sobrevolando la casa. Creo que están ciegas, aunque tie-



nen un oído muy fino. Y créeme, no es aconsejable permitir que te pongan la zarpa encima.

-Me llamo Tomás -dijo abriendo la maleta.

-Sí, claro -respondió el hombre con el ceño fruncido-. Llámame Alex.

Tomás encontró la pistola y comenzó a cargarla. Mientras, Alex le observaba con curiosidad, lamiéndose los labios de vez en cuando.

-¿Qué está pasando, Alex?

-No lo tengo muy claro, pero creo que estamos encerrados en una especie de laberinto. Esta casa era de Aleister Cromwel, un famoso satanista, un pirado. Tal vez esto sea obra suya. Es lo único que se me ocurre.

-¿Has dicho laberinto?

-Sí. Y es enorme. Algunas salas forman parte de la estructura original, como este dormitorio, otras son diferentes, raras.

Tomás se golpeó la frente con una mano provocando que Alex diese un salto contra la pared.

-¡Claro! ¡*Lapi ro hunt!*

-¿Qué?

-*Lapi ro hunt*. Las palabras que alguien escribió en el espejo del baño.

-¿Qué significan?

-Templo a la entrada del lago. Es egipcio.

-No tiene mucho sentido.

-Sí que lo tiene. Es el nombre de un monumento que mandó construir un faraón egipcio, Amen... Amenemhut, Amenemhat o algo parecido. Lo mandó construir cerca del lago Moeris, de ahí el





nombre.

-¿Y?

-Fue el primer laberinto conocido. Dicen que era enorme, imponente. Una auténtica proeza cuya majestuosidad, según algunos estudiosos, superaba con creces a las pirámides.

-¿Crees que estamos allí?

-No sé. Sólo digo que alguien sí lo creía. ¿Cuántos más hay como nosotros?

-Es difícil saberlo, pero deben ser muchos. De todos modos el laberinto es muy grande, con suerte sólo nos cruzaremos con unos pocos.

-¿Con suerte?

Alex se pasó una mano por el pelo, incómodo.

-Algunos se han vuelto locos. Acabas de llegar, ¿verdad? -Tomás no respondió-. Has tenido suerte al cruzarte conmigo. Sé cómo salir de aquí.

Tomás le quitó el seguro al arma y le escudriñó con la mirada. No se fiaba de aquel tipo. En realidad no se fiaba de nadie, pero si era cierto lo que decía le prestaría un poco de atención.

-Cómo.

-Por la cocina. Tiene una especie de montacargas para la ropa sucia que da a la lavandería. No estoy seguro, pero podría funcionar. Lo difícil será encontrarla. Sobre todo teniendo a eso rastreándonos.

-¿Qué quieres decir?

-¡Oh! ¡Claro! -exclamó con la boca abierta y las manos a punto de dar palmas-. Todavía no lo sabes. Hay algo dentro del laberinto que nos busca. No es algo concreto, como un animal o... yo qué sé.





Cambia. Adopta formas diferentes en función de la víctima.

>>No me crees, ¿verdad?

-Últimamente estoy muy receptivo. Continúa.

-Creo que adopta la forma de nuestros más profundos temores. Es como si nos leyese la mente. Esa cosa está en el laberinto para matarnos. Por eso no es seguro permanecer mucho tiempo en un mismo sitio. Creo que nos huele, nos rastrea y nos da caza. Deberíamos movernos.

-Muy bien. Tú primero.

-Pero tú tienes un arma -se quejó Alex.

-Precisamente por eso.

Ambos salieron de la habitación, comprobando que el pasillo había cambiado de nuevo. Ahora se extendía frente a ellos, perdiéndose en la oscuridad. A unos diez metros había un cruce y a unos veinte otro. Más allá era difícil saberlo. Avanzaron en fila india, Tomás con la pistola preparada, apuntando al frente, detrás de Alex. Todavía no habían alcanzado el primer cruce cuando un hombre de casi dos metros lo cruzó girando hacia ellos. Al verlos y comprobar que el pasillo no continuaba se detuvo en seco. Era de tez oscura, tenía la cabeza rasurada y vestía unos vaqueros y una camiseta de los Sex Pistols. Tenía toda la pinta de un pandillero.

-¡Dispárale! -gritó Alex.

-¡Cállate! -exclamó Tomás. El hombre sudaba y parecía ansioso, pero no loco-. Me llamo Tomás -dijo todavía apuntándole con el arma-, y él es Alex. No queremos problemas.

-Torno -dijo él-. Pero no tenemos tiempo. Me persigue mi exmujer.

-¿Quién? -volvió a preguntar, pero Torno ya había desaparecido





en el cruce. Ambos le siguieron a la carrera. Tras ellos algo se arrastraba por el corredor.

Tomás sintió un escalofrío. Las paredes se cubrían de una fina capa de escarcha, la temperatura había descendido unos diez grados. Delante de él, Alex y Torno corrían desesperados. Tras él un chasquido ansioso estaba a punto de alcanzarles. Podía escuchar su respiración, jadeante, imperiosa. Casi podía sentir su aliento en la nuca. Tomás sintió miedo, un miedo terrible, arrollador, que le provocó una explosión de adrenalina. El impulso suficiente para superar a sus compañeros de carrera.

Más adelante el pasillo empezó a cerrarse.

Tengo tiempo, pensó, puedo hacerlo, puedo conseguirlo.

Al llegar al otro lado se dio la vuelta, dispuesto a disparar. Lo que vio le heló la sangre. Detrás de Alex una especie de araña amarilla les perseguía. Era del tamaño de una cabeza. Sus ocho patas carentes de pelo se movían ansiosas. Tenía una cola parecida a una espina dorsal que se agitaba de un lado a otro, golpeando las paredes del corredor.

Tomás se dio cuenta en seguida de qué era eso que les estaba persiguiendo. Era el bicho de la película de Ridley Scott. Era el alien que te saltaba a la cabeza introduciendo su boca tubular por la garganta para cargarte el estómago de huevas. Era eso de lo que hablaba Alex, y había adoptado la forma de su peor pesadilla.

Tomás disparó, pero las balas no hicieron efecto. Le atravesaban. Era como si no fuese real, como si en realidad fuese una imagen, una ilusión, un disfraz de algo mucho peor.

Alex fue el último en cruzar al otro lado antes de que el muro se cerrase. Lo consiguió por los pelos, en el último momento, dando un salto desesperado y cayéndose sobre Torno.





-¿Qué era eso? -preguntó Tomás, pálido como un sudario.

-Ya os lo dije -respondió Torno-, era mi exmujer.

-¿Le tienes miedo a tu exmujer? -volvió a preguntar.

-Un miedo de muerte -respondió Torno entre jadeos-, se volvió loca por el jodido crack e intentó matarme en varias ocasiones. Creía que estaba muerta.

-Era eso -gimió Alex-, tenemos que alejarnos de aquí. Pronto encontrará otro camino.

-¿A dónde? -preguntó Torno-. No hay salida. Conseguiré atráparnos. No hay nada que hacer.

-La cocina -dijo Tomás-, iremos a la cocina. Puede que haya una salida, después de todo.

-Esto cambia muy deprisa -aseguró Torno-, será muy difícil encontrarla. Yo diría que imposible.

-Si quieres tirar la toalla, tú mismo. Nosotros buscaremos la cocina, o la entrada. Cualquiera nos vale.

Torno gruñó, pero no se separó de su lado. Los tres avanzaron por el laberinto a paso lento, expectantes. Dispuestos a actuar ante cualquier eventualidad. Con los nervios a flor de piel.

Los pasillos se sucedían, uno detrás de otro. Idénticos, sombríos. De vez en cuando se encontraban con una sala fuera de lo común, cuyas paredes mostraban grabados antediluvianos dónde los dioses devoraban a los hombres. Construcciones anormales que les acongojaban, arquitecturas arcanas esculpidas por seres inhumanos. Tenebrosas, arcaicas, obscenas. Nada allí estaba colocado al azar, parecía querer decir algo, algo que no debería decirse.

Después de dos horas andando Tomás decidió abrir una de las puertas. Tal vez encontrasen una habitación donde descansar un poco, tal vez un acceso a la biblioteca o, con mucha suerte, a la





entrada o a la cocina.

La habitación estaba vacía, ni siquiera una cama donde descansar un rato, o un armario. Nada. Cuatro paredes débilmente iluminadas por una bombilla de tungsteno.

Torno abrió la siguiente puerta. Ante sus ojos se perfiló otro pasillo. Infinito, oscuro.

-¿A qué te dedicabas antes de caer aquí? -preguntó Tomás.

-Era camello -respondió Torno-. Ya ves. Era un don nadie. Si algún día salgo de este infierno cambiaré. Juro que cambiaré.

Siguieron avanzando. Alex les seguía detrás, en silencio, sumido en sus pensamientos.

Tomás abrió otra puerta. Una sala de baños, cubierta de vaho. El suelo era de porcelana, pero el olor que desprendía les obligó a cerrarla en seguida.

-¿Y tú? -preguntó Torno-. ¿A qué te dedicabas? -Tomás titubeó.

-Era... vendedor a domicilio -mintió-, y muy bueno. Pero voy a dejarlo. Si salgo de aquí.

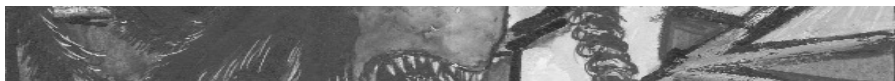
-¿Y qué vendías? -preguntó Alex con una sonrisa torcida-. ¿Pistolas?

La siguiente puerta la abrió Torno, y en seguida supieron que habían cometido un error. Era uno de los dormitorios. La ventana estaba abierta. Sobre la cama yacía el cuerpo de una mujer y, encima de él, una figura con alas de murciélago gorjeaba y masticaba. Su cuerpo era gris claro, pálido, malsano. Con sus garras arrancaba trozos de carne que se llevaba a la boca y deglutía con entusiasmo. Era una bestia deforme, de rasgos humanos, pero no tenía ojos, sólo una boca grotesca y sembrada de colmillos chorreantes de sangre.

La bestia giró la cabeza justo cuando Torno cerró la puerta.

-¿Qué demonios era eso? -preguntó asustado.





-Una de las criaturas aladas que sobrevuelan la casa -aclaró Alex, cadavérico-. Ha conseguido entrar. Será mejor correr, creo que nos ha sentido.

La puerta estalló en mil pedazos y la criatura se asomó por ella. Sus garras destrozaban el marco igual que si fuese de paja. Su boca se abría y se cerraba rítmicamente. Las orejas alerta, expectantes.

Por un momento no dijeron nada, no hicieron nada. Se quedaron ahí de pie, a cinco metros de la criatura, paralizados de miedo, hasta que el engendro giró la cabeza hacia ellos y chilló. El sonido les dejó sordos. Era agudo, hiriente, de una frecuencia aterradora, de un tono lascivo. El disparo de salida que necesitaban para comenzar otra carrera de locos.

La criatura fue tras ellos, pero era demasiado grande y torpe para alcanzarles. Se golpeaba las alas continuamente contra el techo, incapaz de desplegarlas. Pronto la dejarían atrás.

No obstante algo inesperado sucedió. El suelo se abrió delante de ellos mostrando un pasillo inferior. Tomás saltó sin problemas y Alex tropezó, dándose de bruces contra el suelo. Torno no tuvo tanta suerte. Quedó suspendido entre las dos plantas, sostenido tan sólo por sus potentes brazos. Tomás le tendió la mano.

-¡Déjale! -gritó Alex-. ¡Es demasiado tarde! ¡La criatura nos alcanzará!

No era cierto. Por el contrario, el engendro alado, había dado la vuelta, emitiendo unos macabros gemidos en su huida.

-Dame la mano -dijo Tomás.

Torno sonrió, pero se quedó quieto. Su piel comenzaba a cuartearse, la sonrisa se quebraba mientras los ojos se hundían mostrando unas cuencas vacías, negras. Abrió levemente los labios con la intención de hablar, pero sólo emitió un suspiro sordo, un último





aliento de vida. La piel se desprendió dejando ver el cráneo y sus brazos, huesudos y despellejados, dejaron de sostenerle.

Tomás sabía que no debía mirar, pero no pudo evitarlo. Se aproximó al borde lo suficiente para ver de nuevo a aquella araña amarilla. Estaba fuertemente abrazada al tronco de Torno, su cola enrollada alrededor de su cuerpo, sorbiendo con malsano entusiasmo las entrañas de su compañero. Succionándole la vida. Hasta las criaturas aladas le tenían miedo.

Tomás pensó en el Minotauro. Aquel monstruo de cabeza de toro que se alimentaba de carne humana. Tal vez el laberinto de Creta fuese una mala imitación de éste. Tal vez el Minotauro hubiese existido en realidad. Puede que el temor subconsciente de la mente de Teseo fuese exactamente aquel Minotauro al que aseguró haber dado muerte.

Allí de pie, al borde de la abertura, Tomás disertó durante una fracción de segundo sobre la finalidad de aquella construcción. El hombre había sido artífice de las más absurdas creaciones, sin embargo la naturaleza del laberinto parecía encerrar un oscuro propósito, una meta que se debió perder con el transcurrir de los siglos. La finalidad iba más allá de la defensa contra enemigos externos, más allá de la broma pesada o la genialidad de un loco. Tenía que haber otro motivo. Para que el hombre se valiese de un ser tan siniestro, de un demonio salido del mismísimo infierno, debía perseguir un objetivo en su misma medida, una meta divina.

-¡Corre! -gritó Alex. Y Tomás corrió. Corrieron ambos. Haciendo acopio de todas sus fuerzas corrieron como alma que lleva el diablo hasta que no pudieron dar un paso más.

Decidieron descansar un poco al abrigo de algún dormitorio vacío. Necesitaban recuperar fuerzas, así que hicieron de tripas corazón y abrieron una de las puertas.





Era la cocina.

-¡Bendita coincidencia! -exclamó Tomás, mientras buscaba desesperadamente el montacargas.

Alex, por el contrario, permaneció mudo. Cerró la puerta y se frotó las manos, ansioso, con los ojos como platos, lamiéndose de vez en cuando. Tomás dejó de buscar. Permaneció de espaldas a Alex con las manos sobre el fregadero, consciente del engaño. Luego se dio la vuelta.

-No existe ningún montacargas, ¿verdad? Nunca existió.

-No -respondió Alex-, pero me resultaba más fácil convencerte para venir aquí que cargar contigo.

-¿Por qué?

-¿iPor qué!? -se mofó-. Porque llevo tres meses sin comer nada caliente.

-¿Tres meses? -preguntó apuntándole con el arma-. Deberías estar muerto.

-Debería -respondió él-, pero no lo estoy. Aún no lo entiendes, ¿verdad? ¿Alguna vez te has preguntado por qué existen los laberintos? ¿Cuál es su verdadera finalidad?

-En realidad sí -respondió, y apretó el gatillo.

La bala le perforó la mejilla izquierda abriéndole un agujero del tamaño de una pelota de golf por el otro lado. Alex se revolvió histérico, con la mano tapando la herida. Comenzó a darle patadas a la pared y a tirar todo cuanto se encontraba a su paso.

-¡Mierda! -exclamaba-. ¡Joder! ¡No te imaginas lo que duele esto!

Tomás no daba crédito a lo que veía. Alex seguía vivo, ahí de pie, enfrente de él, con la mejilla despellejada, mostrando sus incisivos sangrantes. Su mirada era terrible, grotesca. La mirada de un loco. Tomás disparó de nuevo, pero se había quedado sin munición.





-¿Quién...? ¿Quién eres? -preguntó con un hilo de voz.

-¿Todavía no lo sabes? -respondió pasándose la lengua por los labios descarnados-. Yo soy Aleister Cromwell.

Tomás enmudeció. No era posible. Tendría más de ciento cincuenta años. Debería ser un anciano, un fósil. ¿Cómo era posible que no hubiese envejecido?

Permaneció quieto, observándole, tratando de entender el motivo de aquella ridícula afirmación, hasta que, al fin, lo comprendió todo.

-Eso que nos persigue y nos da caza, es la muerte, ¿verdad? -preguntó mientras tomaba el arma por el percutor.

-Eres más listo de lo que imaginaba -respondió Alex, buscando algo con lo que atacarle-. Descubrí la finalidad del laberinto traduciendo un papiro encontrado en El Cairo, en el túmulo de un supuesto arquitecto de la onceava dinastía.

>>El nombre del faraón era Amenemhat tercero, lo acertaste por los pelos. Y construyó el laberinto con una finalidad muy clara. Amenemhat creía injusto que él, un dios en la tierra, sufriese la misma suerte que sus súbditos, así que buscó la forma de eludir a la muerte. El resultado es lo que has visto.

>>Dicen que se valió de un libro prohibido, escrito por un árabe loco. Nadie creyó que fuese posible, así que lo construyeron convencidos de que se trataba de una de las muchas excentricidades de su señor. Todos aquéllos que ayudaron a su creación murieron atrapados en él, todos menos uno que, por alguna razón que se me escapa, logró salir con vida de allí.

>>¿Sabes cómo lo llamó él?

-No -respondió Tomás, que se había colocado al lado de la puerta. Alex estaba hipnotizado con su propio monólogo y no se había





dado cuenta de la escarcha que la cubría, del descenso de la temperatura, de que la muerte estaba a dos pasos.

-Casa de Carón. Así lo definió. La casa del mismísimo Carón, el dios del infierno, barquero de almas.

-Pues no entiendo -dijo Tomás con las manos a la espalda, asiendo disimuladamente el picaporte-. Si sabías eso, ¿por qué abriste una entrada al laberinto?

-¿Por qué? -bramó él con los brazos hacia el techo-. ¡Por la vida eterna! ¿Acaso no lo vale? Tiene sus inconvenientes, claro, como todo. Una persecución eterna, visiones aterradoras, gente enloquecida. Pero... ¡Demonios! La carne humana no está tan mal, después de todo. Tengo muchos libros para leer y siempre llega gente con la que divertirme un rato.

»Es cuestión de acostumbrarse. Ya sabes, ver el vaso medio lleno.

-¿Ver el vaso medio lleno? -se burló Tomás-. Pues explícaselo a ella, capullo.

Tomás abrió la puerta de par en par, refugiándose detrás, pegado contra la pared. El rostro de Alex se desencajó por la impresión, los ojos como platos, la boca abierta, las piernas de gelatina, los brazos pegados al cuerpo, convulsionado, temblando, muerto de miedo. Tomás no podía imaginar qué forma adoptaría la muerte para él, pero debía ser una visión aterradoras.

Alex cargó sus pulmones de aire, pero no gritó, no tenía fuerzas. Por el contrario sus labios emitieron un agudo quejido, casi inaudible, pero constante.

Cuando la araña amarilla saltó sobre él abrazándole con fuerza, Tomás salió de la habitación y corrió sin mirar atrás, exhausto. Necesitaba un descanso, un respiro. Corría tan aturdido que no vio





el final del pasillo y se dio de bruces con él cayendo al suelo, rendido.

Mientras permanecía en el suelo se le ocurrió una idea. Tal vez si echase una pared abajo pudiese encontrar la salida. Al golpearse había sentido que cedía un poco, puede que el muro no fuese tan grueso después de todo.

Tomás se incorporó y cargó de nuevo, esta vez con todas sus fuerzas. El muro cedió un poco, dándole esperanzas.

-¡Eh! -exclamó una voz al otro lado-. ¡Qué vas a tirar la pared!

Había alguien tras ese muro, ¡y no parecía asustado! ¡No estaba dentro del laberinto!

-¡No puedo salir! -gritó. Tal vez pudiese ayudarle a echar la pared abajo.

Nadie respondió. Silencio. Puede que se hubiese ido. Tenía que hacer algo, y rápido, no podía quedarse parado, pero tampoco podía dar un paso más.

-¡Eh! ¿Me escuchas? -gritó de nuevo-. ¡No puedo salir!

Nada. Se había ido o no le escuchaba. Tomás comenzó a llorar, desesperado.

-Dios mío. ¡Oh, Dios mío! -gemía.

En un arrebato de ira comenzó a golpear la pared como si fuese un saco de arena. Estaba rabioso, enfurecido. No quería morir allí. Haría lo que fuese para salir, lo que fuese.

-¡Para de una vez! -gritó la voz-. ¡O llamo a la policía!

Tomás dejó de golpear, perplejo. ¿Será estúpido?, pensó. ¿Llamar a la policía? ¡Que llame al puñetero ejército!

Cogiendo el arma por la culata comenzó a rascar la pared, frenéticamente. Un descenso de la temperatura le erizó el vello de la





nuca.

-¡Ya viene! -gritó-. ¡Dios mío! ¡No puedo salir!

Estaba histérico, enloquecido, arañando con fuerza la pared que se descascarillaba con dificultad.

-¡Cambiaré! -gemía entre sollozos-. ¡Juro que cambiaré! ¡Seré mejor persona! ¡Lo juro!

Entonces sucedió el milagro. La pared se abrió y Tomás calló de bruces al suelo, justo cuando todo parecía perdido, cuando la araña saltaba sobre él para succionarle el alma, la pared se cerró de nuevo.

Estaba en la entrada, pero no había nada más, sólo cuatro paredes y la puerta de madera. Así pues, el laberinto no tenía salida. Ésta desaparecía al entrar, y sólo el arrepentimiento podía abrirla de nuevo. Era una prueba. Un ejercicio de moralidad. Tomás permaneció allí, sentado en el suelo, recuperándose, durante bastante tiempo. Tenía miedo de que todo fuese un engaño, de que al abrirla descubriese un largo pasillo sin fin ni sentido.

Al fin abrió la puerta. Se sentía como en una nube, flotando de nuevo en la realidad del mundo cotidiano. Bajó las escaleras a paso lento, saboreando el momento, deslizando la mano sobre la barandilla de madera, sintiendo el roce sobre los dedos.

Que mundo más maravilloso, pensaba, hasta la mierda huele bien.

Al llegar abajo le asaltó el recepcionista.

-¿Se marcha? -preguntó-. Si acaba de llegar.

Tomás sintió deseos de estrangularle hasta que le saliesen los ojos de las cuencas, pero no lo hizo. Tenía muy presente su promesa y sería fiel a ella, hasta que la muerte le visitase de nuevo. Por el contrario sonrió, le tendió la llave y dijo con fría calma.

-Estaré fuera un par de horas. Espero que no se le ocurra subir a





la suite y fisgar en mis cosas.

-¡No! ¡Claro que no! -exclamó-. ¿Me toma por un vulgar ladrón?

-No se ofenda, se lo digo a todos los conserjes. Hoy en día es difícil fiarse de la gente.

El conserje gruñó, pero no dijo nada. Tomás salió del edificio convencido de que subiría.

Una prueba de moralidad, pensó, la prueba más dura. Con paso seguro se alejó por la calle, silbando. El sol acababa de ponerse y las farolas se estaban encendiendo con forzosos parpadeos. Las prostitutas se agrupaban en las esquinas. Los camellos se dirigían a los parques. Los taxistas conducían con hastío por los negros callejones de la gran ciudad. Los enamorados suspiraban encaramados a sus ventanas, los policías montaban guardia, los jóvenes descargaban su ingenuidad por los bares de copas mientras la mayoría de la gente dormía.

Tomás sólo silbaba, sin rumbo fijo, sin meta, sin nada. Sólo él y su propia felicidad. Seguro de una sola cosa.

Había vuelto a nacer.